

El reino de Cristo

(ORACIÓN LEÍDA POR EL PRESBITERO JUAN C. GARCÍA, EN LA IGLESIA PARROQUIAL DE LA VERACRUZ)

Oportet autem illum regnare.

I, Cor. XV, 25.

Es necesario que El reine.

Hermosa como ninguna otra por su significación es la solemnidad que en este lugar bendito nos reúne, al cumplirse cinco lustros de pacífica vida nacional: merced extraordinaria, que si obliga nuestra gratitud hacia el Benefactor Supremo, nos invita de igual modo a rendir cultos a la Majestad augusta del Verbo hecho carne, para que en todo, según recomienda el Apóstol, sea Dios honrado mediante Jesucristo, quien posee la gloria y el imperio por edades interminables.

El acto de adoración, vasallaje al señorío absoluto del Creador sobre nosotros, impónese de la manera más explícita en el día presente, destinado a festejar la alteza de Jesús, nuestro amantísimo soberano, resumiendo en una sola idea sus atributos de Dios Hombre y las grandezas de toda una era cristiana y dos veces milenaria, que le ha confesado Rey inmortal, digno de honor máximo, perpetuo y exclusivo, Unigénito y consustancial del Padre desde la eternidad, verdadero Señor, por quien fueron hechas todas las cosas.

Esta soberanía suya, de derecho divino por su filiación hipostática, se nos ha manifestado de hecho y humanamente en el tiempo con los caracteres de una excelsa potestad espiritual, transmitida como donación paterna al Redentor de los hombres: concepto éste que envuelve los de vencedor del mal, conquistador del orbe, legislador y juez de los vivos y los muertos.

Por tanto, es rey en eminente grado, con plenitud de poderes en el cielo y en la tierra. Heredero del universo, su dominio abraza la totalidad de las creaturas; y los numerosos prodigios que obró, demostraron ser El dueño omnipotente de la naturaleza. Excediendo así su reino las prerrogativas de todos los demás no es de este mundo por su origen, pero en el mundo se ejerce como preparación a otro celestial y perdurable, conforme al anuncio del Apocalipsis: «El reino de este mundo ha venido a ser del Señor nuestro y de su Cristo, que reinará en los siglos».

Con razón aquel regio poderío se denomina *de excelencia*, en cuanto lo espiritual supera la materia, y lo permanente aventaja a lo transitorio, y lo divino antecede a lo humano, como lo figuraba este verso de los Salmos: «El Señor me ha constituido rey sobre el monte santo de Sión», es decir, sobre la más empinada altura de Jerusalén, que a su vez era imagen de la humanidad redimida.

De esta suerte la dignidad real de nuestro Salvador resplandece para nosotros con títulos sobresalientes, sea que nos transportemos a las esferas de la teología, o que espaciemos las miradas por el ancho campo de la historia, eligiendo como puesto de observación la cumbre del Calvario, convertido en la gran montaña que Daniel vio alzarse sobre las ruinas colosales de cuatro imperios. Al contemplarlas, nos llegan también, traídos por el soplo de la inspiración, los acentos de los vates mesiánicos, la voz del sabio de Egipto que glorificó el prototipo del Justo, los oráculos del canto sibilino de Virgilio, los rumores misteriosos que en sus crónicas recogieron Tácito y Suetonio, el general concierto de pronósticos y esperanzas que en el Varón salido del

Oriente confirmó este mensaje de los cielos: «Será grande y llamado Hijo del muy Alto, reinará en la casa de Jacob por siempre, y su reinado no tendrá fin».

Al cabo la palabra viviente del Todopoderoso bajó del Empíreo: *a regalibus sedibus venit*. Aparece el párvulo que presagió Isaiás, juntando en sí las señales todas de la realeza, por ser el Mesías o Ungido real, según el significado hebreo cuya traslación griega es el propio nombre de Cristo. Desde su nacimiento hasta su muerte acreditan aquella preeminencia la estirpe de donde procede y la noble ciudad que vio su cuna; la buena nueva, que del ángel oyeron los zagales, y las ofrendas de los magos; más tarde las ovaciones de la turba, mejor todavía el testimonio mismo del Nazareno ante el Precónsul, y por último la divisa del patíbulo, donde una vez enclavado podrá con verdad decir: «Todo lo atraeré hacia mí». Aquel madero de tormento, que fue su condición necesaria de resurrección como ésta, la prueba plena de su divinidad, llegó a ser el solio con el cual únicamente compiten el trono del tabernáculo y el que le ofrecen innumerables corazones.

De allí adelante la cruz será insignia de honor, prenda de bendición y lábaro de altas empresas, conducido más allá de los mares y desiertos, a donde no alcanzaron los bajeles de Neco ni las huestes del Macedonio. Porque estaba predicho que el Señor Dios enarbolaría su estandarte victorioso entre las naciones; y siendo propio de un ínclito monarca debelar a sus enemigos, pertenece a Cristo la fortaleza incontrastable para destruir los obstáculos adversos a sus designios, que no son otros sino la salud de las almas. La supremacía de Jesucristo venció la hostilidad judaica, triunfó de las persecuciones imperiales y doblegó la fiereza de los bárbaros, como resistió al Islam, sometió a los sal-

vajes de ambos hemisferios, y ha confundido a los escribas de nuestros tiempos.

Fue este predominio tan notorio a los primeros cristianos, que las actas de martirio solían acabar con una expresión que no ha perdido su valor en dos mil años: *Regnante Domino Nostro Jesu Christo*. Ved cómo a tales palabras corresponden la vasta acción del sacerdocio pastoral, la mudanza de las costumbres, la reforma de la legislación, las obras múltiples del arte piadoso y de las buenas letras y aun los monumentos insignes de la remota antigüedad gentil, sintetizados en la aguja de granito que se yergue ante la Basílica Vaticana ostentando sobre su base esta inscripción: «Cristo vence, Cristo reina, Cristo impera».

¿Cuál es en concreto la fuerza dominadora de ese imperio que sin haberse establecido ni mantenido con las armas, no puede considerarse en un solo aspecto ni en una sola región o una sola época? Es en primer lugar la eficacia de un magisterio o gobierno de las inteligencias por medio de leyes doctrinales fundadas en el Evangelio que aceptado por los países cultos los engrandece, mientras aquellos otros que lo desechan retroceden a la barbarie. Y la virtud de tal doctrina se cifra en la preponderancia del espíritu sobre la letra muerta, del culto interior sobre el rito externo, de la recta conciencia sobre las prácticas farisaicas, y de la caridad sobre todas las cosas. Nace de aquí una vitalidad expansiva de que carecen otras religiones, cuyos fundadores propusieron ideales para determinados pueblos y razas, en tanto que el cristianismo es universal por esencia, acomodándose igualmente al habitador de las islas norteafricanas y al hijo de los trópicos; lo mismo a la sencillez de los rudos que a la perspicacia de los

doctos. La parcialidad religiosa de algunos podrá exagerar o restringir la enseñanza del Maestro, desfigurarla en suma, con falsas interpretaciones místicas o ascéticas de las cuales abunda en ejemplos la historia de la Iglesia; mas por encima de todos los desvaríos de la creencia prevalecen los grandes principios directivos, fulgores de aquella Verdad encarnada que liberta el entendimiento de los humildes y deja en su ignorancia a los soberbios....

La fe no cohibe los vuelos audaces de la fantasía y del pensamiento, ni el conato de la investigación. Ella no vedó al filósofo de Hipona sobrepasar al de Estagira, ni a los ingenios traducir en magníficas formas sus percepciones de lo bello. Tampoco le impidió o un monje medioeval antever las maravillas de la edad contemporánea; ni al sacerdote Copérnico escudriñar los secretos de la mecánica celeste; ni estorbó al genio solitario de Leibnitz, inventor del cálculo diferencial; ni abandonó a Spallanzani cuando sorprendía la germinación de los seres imperceptibles, ni a Roentgen al advenir la radioactividad de la materia.

Si de las ciencias pasamos al terreno social, bástenos saber que el Salvador con una frase alusiva a la moneda de César, orientó el derecho público estableciendo la demarcación de las dos potestades, jerárquica y civil. Todo ello testimonia el dominio intelectual de Cristo; pero mayor aún es el que asume en los sentimientos y voluntades. Nuestra religión, en el curso de su existencia muestra que el amor a El ha excitado continuas abnegaciones. Desde los discípulos que todo lo dejaron por seguirle, comienza una serie de sacrificios que no han tenido por teatros únicos los circos y los yermos, las celdas de la Trapa o el cuadro gigantesco de las Cruzadas. Cuántas heroicas virtudes que ha infundido

el Preceptor de Galilea, escapan a los acostumbrados elogios del apologista, y van a ocultarse en los deberes penosos del ministerio parroquial, o en la resignación de muchas almas escogidas, que moran lejos de los claustros!

Al atractivo de Jesús en los espíritus no logran sustraerse los mismos que le niegan su divina misión o rechazan el sistema orgánico del catolicismo. Apartados de éste le aman el protestante y el cismático, y aun los infieles no son del todo ajenos al influjo de su dulce figura. Primer heraldo de su nombre fue Livingstone para las bordas ignotas del Africa ecuatorial; admiradores suyos hay ahora entre los prosélitos de Buda; y há tres años apenas, en la Universidad coránica de El Azhar defendieron públicamente su honra los musulmanes del Cairo.

Bien lo merece un rey que a todos sobrepuja en sabiduría: *Deus scientiarum Dominus*; en poder, que así domeña las pasiones como aplacó la tormenta del Tiberiades; en bondad, porque su yugo no es opresor y su carga es liviana; en magnificencia, ofreciéndose a los súbditos en dón: *se regnans dat in praemium*.

Vale afirmar sin hipérbole que la cultura actual está impregnada de cristianismo como de un bálsamo saludable que la preserva de completo estrago, por más gérmenes letales que ella guarde en su seno; puesto que la influencia de Cristo penetró muy hondo en el organismo de la sociedad civilizada; y su personalidad se incorporó a la historia humana tan estrechamente, que si la suprimimos queda ésta inexplicable, y desquiciada la moral ante enigmas desconcertantes que sólo pueden resolverse a la vista del crucifijo, en cuya presencia el estado de crueles miserias connatural a nuestra especie, halla asegurada una compensación futura por obra de Dios justiciero y clemente. Tal es el arcano que descifra la idea grandiosa de la Redención, el dogma de una víctima propiciatoria

del pecado, que compartió nuestros dolores y aceptó la muerte para trocarlos en gaje de ventura sempiterna, allá donde el venero de inexhaustas delicias nos haga olvidar la fuente de las lágrimas.

La institución de la fiesta de Jesucristo Rey corona espléndidamente la liturgia eclesiástica, en particular los honores de latría que al Sagrado Corazón se tributan y los fastuosos homenajes eucarísticos que la cristiandad ha presenciado. Celebrándola cuando nos congratulamos por el bienestar de Colombia en el curso de veinticinco años, nuestro júbilo se torna en gracias a la munificencia del Príncipe admirable cuya mansedumbre alaba la Escritura. El será nuestra paz, vaticinó Miqueas; El es nuestra paz, nos advierte el Doctor de las gentes. Porque la tranquilidad de un Estado no puede conseguirse fuera del régimen cristiano, que transforma la ciudadanía en vínculo fraternal, que en lo político armoniza libertades y leyes, en lo administrativo equilibra derechos y obligaciones, ilustra la autoridad y dignifica la obediencia.

No retires de nosotros tan preciosa dádiva, oh Rey pacífico a quien la patria ha confiado su suerte y jurado pleitesía, oh Dios de nuestros padres que en tí creyeron, de nuestros mártires que en tí esperaron antes de legar a este panteón los trágicos recuerdos de su heroísmo. Al emanciparse de una caduca monarquía la República no se declaró independiente de tí, antes bien te ha reconocido, y bajo la tutela de tu imagen ha puesto los domicilios y mansiones oficiales; mas también es preciso entronizarte con más veras en el santuario de la conciencia individual y colectiva, para cumplir lo que tú dijiste: «El reino de Dios está dentro de vosotros», que fue amonestarnos a la guarda de tus mandatos y consejos, *sin la*

cual son vanas las fórmulas de la piedad exterior. Prez y cabeza de nuestro linaje, tú solo eres santo, pues los más adictos imitadores tuyos andan lejos de tu perfección infinita; tú solo eres dominador, pues de tí deriva toda potencia legítima; tú solo altísimo, porque ante tí las excelstitudes mundanas son humo de vanidad y polvo de corrupción.

La luz inaccesible donde habitas, esplende sobre veinte siglos de triunfos obtenidos a costa de tu pasión afrentosa, para que nuestra mente deslumbrada prefiera contemplarte hoy, no en la apoteosis del Tabor o el Olivete sino en la escena del Pretorio. Allí, consagrado con la unción de tu sangre, llevando por ludibrio una punzante diadema, un cetro de caña y un manto de harapos, inauguraste tu principado, revelándonos los gloriosos misterios que entraña la vida y el sufrimiento. Salve, Rey de los judíos: del pueblo escogido que somos nosotros, a quienes rescataste y adquiriste de toda raza, lengua y nación, haciéndonos partícipes de ese reino tuyo venidero de la verdad sin sombras; reino del bien sin límites: reino de justicia, de amor y de paz.

